Miércoles, 16 de enero 2013

El camino cuesta abajo desde el Imperio

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2013/01/the-road-down-from-empire.html

Aquí en los Apalaches, al menos, hay algo en el mes de enero, que fomenta los pensamientos sobrios. Tal vez sea el clima, casi siempre frío y gris; tal vez es la llegada de las facturas de la temporada de vacaciones que acaba de terminar, que llegan casi al tiempo que los propósitos de año nuevo acaban en el cubo de la basura. Elige tus motivos, pero de una manera u otra parece un buen momento para echar una mirada atrás y terminar el tema que he estado desarrollando durante algo más de un año, la decadencia y caída del imperio global de los Estados Unidos y la difícil tarea de reconstruir lo que haya tenido de mérito.

El duro trabajo de reinventar la democracia en una América post-imperial, el tema de varios de los posts del mes pasado, es sólo un aspecto de un desafío más amplio. Ya he mencionado que la búsqueda del imperio es una droga, y como la mayoría de las drogas, te hace sentir muy bien en el momento y después viene el bajón a la mañana siguiente. Hace poco más de cien años desde que Estados Unidos empezó su camino hacia el imperio global, y la resaca inevitable tras un siglo de borrachera está acechando. Sospecho que una de las razones por las que el gobierno de Estados Unidos está rebuscando desesperadamente botellas vacías en la basura, para encontrar una que todavía tenga algunas gotas es precisamente el primer aldabonazo a la conciencia avisando de lo mala que va a ser la resaca.

Vale la pena tomarse unos minutos para repasar algunas de las señales más visibles de la cuesta abajo del imperio. Para empezar, la economía de Estados Unidos se ha paralizado por un siglo de tributo imperial que fluye desde el extranjero. Eso es lo que ocurrió con nuestro sector manufacturero; cuando el resto del mundo industrial se recuperó de la Segunda Guerra Mundial, los fabricantes estadounidenses, en una economía hinchada por el flujo de dinero del exterior, no podían competir con los costes más bajos de las fábricas de otras partes del mundo que carecían de esa contribución, y el corazón industrial de Estados Unidos se convirtió en el cinturón de herrumbre (Rust Belt). A medida que el impacto de esa economía basada en el aporte imperial se extendió por toda la sociedad estadounidense, resultó casi imposible que nadie pudiera ganarse la vida haciendo algo productivo, y al sistema imperial sólo le quedó la economía de casino, donde el único sector en constante crecimiento fue la economía basada en la banca, inversiones, contratos con el gobierno (y cosas parecidas).

Esas distorsiones impuestas sobre todos los aspectos de la sociedad americana hacen palanca para anular la capacidad de recoger los pedazos cuando el se evapora imperio. A medida que los sectores económicos productivos se marchitaron, el sistema educativo del país se reorientó hacia lo improductivo, generando una gama cada vez más amplia de especialidades administrativas para las empresas y el gobierno, mientras cerraba lo que antes fue un sistema de primera clase: las escuelas profesionales y comerciales. Ahora tenemos mucha más fauna de oficina de lo que cualquier sociedad sana necesita, y una gran escasez de personas con un conjunto menos abstracto de habilidades. Por el momento, podemos darnos el lujo mantener los puestos de trabajo en el extranjero, o importar personas desde otros países para trabajar por menores salarios; pero al soplar el viento en contra de nuestro imperio esos malos hábitos no podrán mantenerse y la escasez de estadounidenses con las habilidades prácticas más básicas se convertirá en una enorme carga económica.

Mientras tanto, la infraestructura nacional se ve atrapada en una espiral de negligencia maligna (impuesta por la crisis de liquidez que siempre ocurre en los ocasos de los imperios). El imperio es un hábito costoso; los efectos a largo plazo de la bomba de la riqueza imperial sobre las naciones sometidas significan el final del negocio (que los ingresos de los acuerdos imperiales desaparecen con el tiempo) mientras que el impacto de la economía extractiva en la metrópoli hace que con el tiempo aumenten los costes del imperio. El resultado se puede ver diariamente en el Capitolio, ved cómo un sistema increíblemente caro de armamento es apoyado en el Congreso con pocos votos en contra, mientras que los programas nacionales de importancia crítica son dinamitados por acuerdo entre ambos partidos, o quedan empantanados en discusiones eternas. El resultado seguro es el cascarón de una nación,

aparentemente fuerte cuando se observa desde fuera, pero totalmente vacío, esperando el empujón estadísticamente inevitable que pondrá en marcha su último resbalón por la cuesta abajo para acabar en el vertedero de la historia.

Bien puedes estar pensando, querido lector, que la respuesta lógica de una nación atrapada en una situación de este tipo podría ser la de hacer de tripas corazón, renunciar deliberadamente al imperio y emplear el último resto de los ingresos de la economía basada en el tributo imperial para pagar los gastos de la reconstrucción de una economía nacional y llevarla hacia una de un tipo más normal. Estaríamos en lo cierto, pero hay razones de peso que justifican que muy pocos imperios en la historia han tenido el gran acierto de gestionar así su declive. La China Imperial lo hizo en el siglo XV, con el desguace de un floreciente imperio marítimo en el Océano Índico y por supuesto Inglaterra lo hizo después de 1945, aunque fue en gran parte porque un gorila de 300 kilos llamado los Estados Unidos estaba sentado sobre el cuerpo postrado de Britannia, informándole educadamente de que en el futuro el imperio global sería de América, muchas gracias. Aparte de eso, los ejemplos son pocos y distantes entre sí.

La lógica del proceso es fácil de seguir. Cualquier intento de abandonar los compromisos imperiales se enfrentará a la resistencia general de los que se benefician del status quo, mientras que aquellos que dicen oponerse al imperio difícilmente estarán dispuestos a mantener el apoyo a una política de retirada imperial si resulta (como ocurre inevitablemente) que los costes de esa política incluirán un impacto directo sobre sus propios ingresos o el valor de sus inversiones. Por lo tanto, los políticos que apoyan una política de retirada del imperio saben que serán ridiculizados por sus oponentes, que serán llamados traidores a su país, y serán abandonados por sus antiguos aliados a quienes no les gusta la idea del imperio en abstracto, pero quieren mantener un estilo de vida que sólo una economía basada en el tributo imperial puede soportar. Dado que los políticos, después de todo, están en el negocio para alcanzar un cargo y quedarse allí, su entusiasmo por este tipo de políticas abnegadas es comprensiblemente limitado.

El resultado habitual es un esfuerzo frenético para patear la lata lo más lejos posible, y el venga detrás que arree. Casi todo lo que está pasando en Washington DC en estos días se puede describir con exactitud en esos términos. A pesar de la retórica popular, los políticos de Estados Unidos en estos días no son excepcionalmente malvados o ignorantes; son, por lo general, más o menos igual de éticos que sus votantes, y están bastante mejor educados aunque es cierto que eso tampoco quiere decir mucho. Lo que los distingue de los hombres de estado de una época anterior, más bien, es que se enfrentan a un dilema insoluble que sus predecesores en el cargo han tratado de ignorar en las últimas décadas. A medida aumentan los costes del imperio y se reducen sus beneficios, la economía nacional se estanca, crecen los costes de mantenimiento de infraestructuras (o que directamente no se ejecutan), y se hace cada vez más difícil eludir el impacto de los límites del crecimiento de la civilización industrial en todo el mundo. Hay que hacer frente a la elección poco envidiable entre grandes problemas ahora y problemas inmensos más adelante. El ser humano, muy a menudo elige lo último, y se consuela con la esperanza de que algo podría surgir del vacío.

Es una esperanza común en estos días. He comentado aquí más de una vez como la segunda llegada del Mesías, la Singularidad, y todas las fantasías apocalípticas que se ofrecen en estos días sirven principalmente como un medio para que la gente pueda convencerse a sí misma de que el futuro viene es uno muy diferente del que, por acción u omisión, están ellos mismos creando febrilmente. Lo mismo puede decirse de un gran número de ficciones menos llamativas sobre los avances futuros, el tan cacareado evento que nuca acaba pasando, uno de los posibles movimientos de masas que no atraen a nadie (salvo al más que habitual puñado de activistas), el gran, aunque casi nunca especificado, salto en la conciencia que supuestamente va a ocurrir en cualquier momento, etc, etc.. También tiene algo que ver con todo esto el actual frenesí de charlatanería prostituida en la prensa sobre cómo el gas de esquisto va a convertir a los EE.UU. en un exportador neto de energía sirve para crear un impulso de la misma ilusoria esperanza (aunque es cierto que un gran número de personas ha invertido mucho dinero en empresas del sector de la fractura hidráulica, y están tratando de justificar sus inversiones utilizando el mismo tipo de razonamiento que impulsó la burbuja inmobiliaria anterior).

Probablemente tendremos mucho más de lo mismo en las próximas décadas. Los psicólogos sociales han escrito extensamente acerca de lo JHK denominó de manera útil la psicología de la inversión anterior, el proceso mediante el cual las personas se arriesgan a tirar el dinero malo después de una buena jugada, o mantienen su compromiso con un sistema de creencias a pesar de que toda la evidencia disponible demuestra que no es cierto y que no funciona. El factor crítico en estos casos es el coste emocional de admitir que la decisión de comprar las acciones, adoptar el sistema de creencias, o caer en cualquier otra cosa, es en realidad reconocer que se cometió un error. Cuanto más doloroso sea admitir el error, con mayor razón la mayoría de las personas evitarán la necesidad de reconocerlo, y muchos seguro que se van a aferrar al clavo ardiendo, a las mayores paparruchas si ello les permite autoconvencerse (o justificarse) de que el error, después de todo, no fue un error.

Mientras Estados Unidos transita por la cuesta abajo imperial, en otras palabras, la única industria con crecimiento en este país será la de los esfuerzos para mantener la pretensión de que Estados Unidos no tiene un imperio, que el imperio no se está cayendo, y que la caída no importa de todos modos. (Sí, esas declaraciones son contradictorias entre sí, hay que acostumbrarse a ello.. Podrás escuchar un montón de declaraciones en los próximos años aún más incoherentes) A medida que el declive se acelera, cualquiera que ofrezca a los estadounidenses una narrativa que les permita mantener la ilusión del nuevo futuro brillante que nuestra mitología nacional promete, tendrá un público abundante y entusiasta. Los relatos que se comercializan para este fin no tienen que ser convincentes; ni siquiera tienen que ser sensatos. Siempre que hagan posible que los americanos mantengan la ficción de un futuro más brillante serán populares a pesar de la dura realidad.

Lo único bueno es que esos esfuerzos colectivos de fantasía no duran para siempre. Algún día se admitirá el hecho de la escasez y después se aceptará. Tarde o temprano, nuestra conversación colectiva pasará de cómo Estados Unidos puede mantener el crecimiento perpetuo a cómo puede ir manteniendo lo que tiene, y luego a cómo poder recuperar parte de lo perdido, y de allí a encontrar la manera de que los EE.UU. (o el batiburrillo de sociedades herederas que ocupen el territorio actual de los EE.UU.) puedan llegar a funcionar en el nuevo escenario de un inhóspito mundo des-industrial que se fue gestando mientras nadie miraba. Es un proceso normal en una época de decadencia, y se puede trazar en la literatura de más de una civilización anterior.

Vale la pena recordar, sin embargo, que las personas están pasando por el mismo proceso de redefinición ellas mismas. Este proceso difiere de las cinco etapas del pico del petróleo, que he discutido en otro lugar, en que el mayor impacto emocional no es la pérdida; se trata de una cuestión de expectativas y concretamente de expectativas económicas de lo más pragmático. Piensa en un empleado de oficina de nivel medio en alguna corporación o empresa cuyo trabajo, al igual que muchos otros empleos en estos días, está a punto de irse para siempre. Antes de que los rumores echen a volar, la vida laboral de esa persona consiste en ir arañando por la escalera corporativa y aumentar su parte de los beneficios y privilegios que actualmente nuestra sociedad otorga a sus clases medias. Después, se desatan los rumores de despidos inminentes y de repente tiene que cambiar su enfoque para mantener su empleo. Después llegan las malas noticias con las cartas de despido y su atención se desplaza de nuevo, para conseguir un trabajo nuevo; cuando eso no sucede y se sumerge en la realidad del desempleo de larga duración, se produce un cambio definitivo de enfoque, y la persona tiene que hacer frente a un mundo nuevo y desafiante.

Esto ya le ha ocurrido a un gran número de personas en Estados Unidos. En los próximos años le ocurrirá a muchos más, probablemente a una gran mayoría de la clase media estadounidense, tal como sucedió con la gran mayoría de la clase obrera industrial de unas pocas décadas antes. Hay que decir que no todo el mundo sobrevivirá a la transición; el alcoholismo, consumo de drogas, enfermedades mentales y físicas, el suicidio son algunos de los riesgos normales del descenso. Un buen número de los que sobrevivan pasarán el resto de sus vidas aferrados a la vana esperanza de que algo va a pasar y les devolverá lo que perdieron.

Es un camino duro y largo el de la cuesta abajo del imperio, y los daños que se produzcan no son de naturaleza meramente material. El hecho de basar la propia identidad en los privilegios y extravagancias que sólo son posibles por el actual imperio global de los EE.UU. puede parecer estúpido, pero es muy habitual. El hecho de perder los marcadores de estatus respetados en cualquier clase social

determinada, (podemos hablar de un jet privado y una mansión de Long Island, de un bolso de moda y un apartamento elegante en un barrio de lujo, o poder tomar unas cervezas de vez en cuando), puede ser equivalente a perder la propia identidad cuando la identidad no tiene ningún otro fundamento sólido y las empresas de marketing han pasado décadas tratando de conseguir que la mayoría de los estadounidenses nunca piensan en buscar bases más sólidas.

Esto último punto tiene implicaciones que vamos a explorar en una secuencia posterior de mensajes. Por el momento, sin embargo, quiero hablar un poco acerca de lo que todo esto significa para aquellos de mis lectores que ya han asimilado la realidad de la decadencia, y están tratando de encontrar la manera de vivir en un mundo donde la sabiduría convencional de los últimos trescientos años de repente se ha vuelto del revés. El primero y, en muchos sentidos, el punto más crucial es uno que ya ha sido tratado aquí varias veces: tú vas a tener que recorrer el camino hacia abajo del imperio por ti mismo. Nadie más va a hacerlo por ti y ni siquiera puedes asumir que cualquier otra persona te facilitará las cosas. Lo que puedes hacer, para hacer el camino algo más fácil, es comenzar a caminar antes de que sea imprescindible.

Eso significa que, para volver a algo que ya he comentado en el blog, que deberás utilizar MENOS[1] —menos energía, materiales y estímulos—. Cuanta más energía necesites para mantener tu estilo de vida cotidiano, más vulnerable estarás a las interrupciones súbitas cuando la infraestructura que te suministra la energía empiece a tener serios problemas. Hoy en día, los apagones y caídas de tensión rutinarios de la red eléctrica y el racionamiento o la disponibilidad impredecible de los carburantes, se han convertido en hechos cotidianos de la vida en los países del Tercer Mundo que solían tener un acceso relativamente fiable a la energía. Cuando entre en barrena el imperio global de Estados Unidos tras un siglo de dominio podemos esperar algo parecido. Más vale estar preparado de antemano que tener que enfrentarnos de sopetón a una crisis cuando llegue.

Lo mismo puede decirse de los extravagantes insumos materiales que la mayoría de los estadounidenses ven como necesarios, y de la constante corriente de estimulación sensorial que la mayoría de los estadounidenses utilizan para adormecerse y esconderse de los aspectos no deseados de su entorno y de sus vidas. En algún momento se quedarán sin ellos. Cuanto antes aprenda uno a desenvolverse sin eso, mejor. Y cuanto antes te salgas del torrente de ruido que los medios de comunicación te han enseñado a utilizar para adormecerte, más pronto podrás empezar a evaluar el mundo que te rodea con una mente relativamente clara, y antes comprenderás lo lejos que hemos llegado en la curva descendente del ocaso.

Acostumbrarse a vivir con menos no es lo único que merece la pena hacer con antelación. He señalado en otro lugar, por ejemplo, la necesidad de desarrollar las habilidades que te permitirán producir bienes o prestar servicios para otras personas, utilizando herramientas relativamente simples y, si es posible, la energía de sus propios músculos. A medida que la economía del tributo imperial se esfume y Estados Unidos pierda la capacidad de importar productos y mano de obra baratos del extranjero, la gente seguirá necesitando bienes y servicios, y tendrán que pagar por ellos con cualquier medio de intercambio de valor disponible, incluso si eso supone su propia mano de obra no calificada. Hay un montón de medidas adicionales que se pueden tomar para prepararse ante la vida en una sociedad post-imperial que se desliza por la parte de la caída de la curva de Hubbert, y cuanto antes empieces, mejor preparado estarás para hacerle frente a ese mundo desconocido.

Aún así, quizá se pueda ir aún más lejos. En varios de los posts de diciembre pasado planteé la posibilidad del cultivo deliberado de ciertas habilidades-específicas básicas (razonamiento claro, hablar en público, ejercicio del proceso democrático) podría permitir el impulso de un renacimiento de las tradiciones democráticas en los EE.UU.. El mismo principio podría aplicarse de manera más general. Ciertas ideas básicas que fueron fundamentales para los logros más notables de la era pre-imperial de los Estados Unidos que se tiraron al basurero durante la fiebre de imperio podrían resucitar y volver a usarse en la era post-imperial. Si eso fuera posible implicaría una gran cantidad de trabajo y la voluntad de desafiar algunas nociones ampliamente aceptadas de la cultura americana contemporánea, pero creo que merece la pena intentarlo. Empezaremos a hablar de ello la próxima semana.

---

[1] Juego de palabras del autor. En el original dice "LESS (Less Energy, Stuff, and Stimulation)